

De la regla fundamental a la situación analizante ¹

Jean-Luc Donnet

A André Green
“Hay método en esta locura”
Hamlet

I) ALGUNAS APUESTAS DEL METODO

A- El intento de definir el método analítico enfrenta de entrada el contraste entre lo que el término método sugiere de organización pautada, y la renuncia a dominar y pautar que supone la asociación libre. Sin duda era necesaria esta paradoja de una *sinrazón metódica* para que el Inc. se abriera a una investigación racional.

En su inmanencia, el método se confunde con la manera en que el psiquismo se revela capaz de producir una secuencia asociativa, y de extraer de ella retroactivamente una lógica inconsciente. Reflejado, el método se distingue mal de la teoría del psiquismo que torna la secuencia interpretable y hace pensable la hipótesis del Inc. En este sentido, con la ciencia de los sueños, Freud fue hasta los fundamentos mismos: el relato de los sueños y su interpretación se prolonga en la teorización del trabajo que los produce.

B- En otro nivel, el método viene a establecer la unión entre esa invención freudiana, su referencia científica (positivista) y

¹ N. del T. Esta palabra no existe en castellano con el significado que se desprende del texto: “que brinda y crea las condiciones para que el análisis pueda darse”.

las exigencias de una práctica que necesitaba, en tanto técnica médica aplicable, probar su validez. Desde entonces, en la escala del proyecto de análisis, el método se presenta como la puesta en obra controlada, de las condiciones a través de las cuales la asociación libre se muestra practicable, interpretable y beneficiosa. Surge una contradicción, en estas condiciones, entre los que se apoyan en el saber adquirido, teórico y práctico, y los que prescriben la suspensión de ese saber para que el encuentro con el inconsciente sea auténtico. El saber, en efecto, tiende a prede-terminar la finalidad de la experiencia, o sea a conferir al método una dimensión cuasi programática. De ahí la importancia de una funcionalidad *en negativo*, para preservar la pérdida de las referencias ordinarias de sentido que implica el proceso asociativo compartido; y la dimensión de resignificación aleatoria en la que se sitúa el intento de la puesta en sentido interpretativa. Más allá de la escucha flotante, se evoca en el analista una docta ignorancia (Lacan) o una capacidad negativa (Bion). Esta contradicción manifiesta la exigencia de una función tercera de la cual el método sería garante.

C- Retrospectivamente, algunos aspectos iniciales del método aparecen como respuestas más o menos adecuadas a esta exigencia, tanto más imperiosa cuanto que el análisis debía discriminarse de la influencia hipnótica.

1) La valorización por parte de Freud, de un método operando “per via di levare” corresponde, por un lado, a la afirmación según la cual el analista y la situación no introducen nada de extraño en el espíritu del paciente. Esta asepsia significa que el método no hace más que permitir la manifestación de los procesos inconscientes, y que la interpretación no hace más que develar el sentido de lo que ya estaba en lo reprimido. Nadie duda, actualmente, que el analista y la situación analítica sean *nolens volens*, parte involucrada en la estructuración de los fenómenos del proceso.

2) El método postula, en su punto de partida, un Yo-sujeto del conocimiento, capaz de observar una parte de su mundo interno para hacer de él un objeto de investigación. El desarrollo mismo del método va a mostrar cómo ese Yo es subvertido por el inconsciente, y cuán precaria es la distinción observador-observado (incluyendo al analista).

Fue incómodo sobrepasar estas respuestas iniciales, frecuentemente institucionalizadas. Como testimonio de esto, por ejemplo, está la importancia acordada por Freud a la verdad material del recuerdo, antes que autenticara la convicción desprendida de la construcción y su confirmación asociativa indirecta, despejando luego la noción de verdad histórica. Concebido como instancia neutra de objetivación, el método aparece en efecto, como garantía de la validez objetiva de los conocimientos adquiridos y los resultados obtenidos. ¿No se ha incluso expandido la convicción de que la verdad del análisis encontraría su validación en los estudios objetivantes sobre el primer desarrollo?

El Psicoanálisis explora ahora lo que le interesa de otros modelos científicos (auto-organización, caos determinista, nuevas concepciones de la historia, etc.) compatibles con las exigencias específicas de su disciplina.

D- La función tercera no puede relevar de alguna garantía previa. Su problemática es la de una *función tercerificante* (A. Green), apuesta esencial de la dinámica de un proceso que la hace desaparecer algunas veces.

La aventura de la transferencia sitúa el deseo de alienación, inherente a la relación intersubjetiva, en el corazón de la acción psicoanalítica. Siempre está presente el riesgo de que la experiencia venga a complacer al deseo del analista, y a las preconcepciones de su teoría. Freud señala esa raíz no eliminable diciendo que en un cierto nivel, la hipótesis no se puede distinguir del fenómeno. Es la razón por la que es necesario conferir a la *distancia entre teoría y práctica* en análisis un valor específico, ya que no es de hecho, sino que proviene de una prescripción ética, relativa al respeto de la alteridad.

Esta distancia es objeto de un conflicto incesante en los intercambios entre analistas, entre el deseo “científico” de colmarla, y la exigencia humanística de confirmar su irreductibilidad.

E- En función de la complejización de la función del analista, la descripción del método tiende a centrarse sobre su funcionamiento, según las modalidades que le aseguran sus talentos, su análisis, su formación, que sostienen en última instancia sus creaciones interpretativas.

Esta descripción se hace tanto más accesible y teorizable en la medida en que el analista conjugue en él la experiencia subjetiva y su/la teorización. Pero activa, por este mismo hecho, el riesgo auto-referencial que amenaza al Psicoanálisis, y la tentación de hacer del Psicoanálisis una “subjetivación técnica” omnipotente.

1) Las teorizaciones modernas de la contratransferencia, por ejemplo, la ilustran. En un comienzo, la contratransferencia es concebida como viniendo a perturbar la función: perspectiva estrecha pero que marca la separación entre sujeto y función, soporte simbólico de la función. La teorización ampliada toma en cuenta el carácter estructural de la implicación subjetiva del psicoanalista, y el principio de una funcionalización posible de lo que es accesible a ella. De todo ello resulta incontestablemente una ampliación de la base de apoyo de la función. Pero aumenta el riesgo de que se borre la separación sujeto-función: sea que, por ejemplo, el analista se avenga a hacer cándidamente de su subjetividad una función; sea que conciba una función indefinidamente pertinente y maleable, partiendo de que las capacidades contratransferenciales están allí. Por lo tanto, no es necesario desde el punto de vista del método plantear una re-elaboración entre los límites del analista y los límites del análisis –que son después de todo el correlato de su consistencia.

2) Por otro lado, frente a una impasse transferencial-contratransferencial banal, el analista evalúa rápidamente que el inconsciente sigue siendo el inconsciente, y que su capacidad de utilizar su contratransferencia y el autoanálisis tienen límites estrechos. ¿Qué le propone entonces el método? Simplemente, volver al punto de partida instaurando una situación analítica (franja entre dos límites) o de escucha en segundo lugar (supervisión); reencuentra así el desafío original: hablar asociando para dar la chance a la resignificación interpretativa.

La situación de escucha forma parte, entonces, del método: es un anexo inter-analítico de la situación analítica, en la que la contratransferencia toma el lugar de la transferencia.

F- Situar el centro del método sobre el analista va parejo con la tentación de no ver al paciente como otra cosa que su beneficiario, para describir sus efectos sobre él. Uno de los ejes de mi trabajo ha sido recordar que el primer sentido de la regla –hacer del paciente el agente activo de un método– sobrevivió a los

avatares de la transferencia, y que es el analizado, sobre todo, quien hace del analista un analista. Mi experiencia de analista y de analista de consulta me hizo particularmente sensible al apego que los pacientes, aun los más difíciles, manifiestan en relación a la situación analítica *en su especificidad*, su lógica funcional, su ética; apego distinto de –y a veces en conflicto con– el que establecen con el analista. Es para ellos la regla del juego, elemento clave de la función tercerizante. Algo esencial del método se juega en la auto-apropiación a través de la cual el paciente deviene un analizante.

II) DEL PROCEDIMIENTO A LA REGLA

A- Vale la pena volver sobre la definición que da Freud del Psicoanálisis en 1922. Distingue, articulándolos:

- el procedimiento “para la investigación de los procesos psíquicos casi inaccesibles de otro modo”;
- y el método “para el tratamiento de los desórdenes neuróticos, que se basa sobre esa investigación”.

El pasaje de la investigación al tratamiento corresponde al deslizamiento del procedimiento al método:

- el procedimiento, la asociación libre es utilizable para una investigación *pura*;
- el método inscribe el procedimiento, devenido regla fundamental en la situación encuadrada: resulta de todo ello un proceso de investigación *transformadora: es la razón por la cual* el método es utilizable *para* un tratamiento: la cura psicoanalítica está hecha de los efectos indirectos *por incremento*, de las transformaciones psíquicas inherentes al proceso. En desmedro de la complejidad introducida, se reencuentra el postulado fundador de una verdad que cura.

B- Freud substituyó la memoria panorámica del hipnotizado por la asociación libre. Toca al paciente sorprender activamente al ejercicio de su razón para captar y comunicar sus pensamientos incidentales, “no deseados”. El procedimiento no es puesto en obra en su origen, más que para la investigación de un fenómeno enigmático *ya allí*: síntoma, sueño, de los que se trata de elucidar el sentido. La distinción es en consecuencia clara entre este

objeto *fijado*, y el sujeto que participa, con el analista, en su investigación.

Esta limitación del procedimiento reflejaba la del inconsciente concebido como laguna.

C- A pesar de la simplicidad de su enunciado, la regla es portadora de todas las ambigüedades que van a conducir a la situación analítica y a su complejidad.

1) Al proponer al paciente decir lo que le venga al espíritu, aun si esto le parece absurdo, fútil o displacentero, la regla conjuga la oferta positiva del hablar espontáneamente, “libremente”, y la prescripción *negativa* de no callar los pensamientos incidentales. Hace desaparecer el objeto de investigación *ya allí*, lo que implica la convencionalización de los topes espacio-temporales de la sesión; y suspende la diferencia explícita entre el momento en el que el paciente habla en su nombre, y aquél en el que pierde la razón al asociar. Ella no se opone sin embargo a lo que el paciente aporte al principio de la sesión, un objeto de investigación (un relato de un sueño, por ejemplo) *a propósito* del cual va a asociar.

2) Al mismo tiempo, sin embargo, el enunciado de la regla privilegia el acontecimiento psíquico y discursivo, *hic et nunc*; ubica la sesión bajo la égida *virtual* de la asociación libre. El analista, se encuentra enseguida en posición de entender asociativamente el proceso de la sesión; hay en consecuencia una distancia entre los dos protagonistas que forma parte de la asimetría estructural de sus posiciones. La cuestión crucial, para el método, es saber cómo esta asimetría puede canalizarse en una distribución de las tareas que sea funcional y no jerárquica. Porque esta distancia contiene un riesgo de alienación: ¿qué analista no fue perturbado por la confrontación de lo que venía de considerar un proceso asociativo límpido en una sesión, en la cual el paciente no había parecido ni por un instante preguntarse si decía otra cosa que aquello que quería decir?.

3) Este riesgo es inherente al hecho que implícitamente, la regla estipula que el objeto de investigación será producido en o por la sesión. La actividad del paciente deviene en consecuencia el medio verídico y el objeto específico de la investigación a la vez. ¿De qué manera puede asegurar el método la concomitancia entre la producción y la investigación de un objeto? Planteado

así, la cuestión no alcanza más que respuestas mediocres.

La primera sería la de la alternancia, el paciente, con el acuerdo tácito del analista, reencontrando la lógica inicial del procedimiento: la investigación asociativa sucediendo a la presentación de un objeto.

La segunda, caricaturesca, sería la de un clivaje permanente, como en la metáfora del viaje en tren en el que el pasajero sentado cerca de la ventanilla describe a su vecino, el paisaje que desfila. El paciente aseguraría una disyunción sin interferencia entre la producción asociativa de un film psíquico, y un relato puramente informativo colaborando en la investigación.

La tercera solución sería la de un compartir permanentemente las tareas. Partiría del principio según el cual es la escucha del analista la que *aplica la regla* al paciente. ¿Acaso Freud no esperaba de la regla que, en un modo objetivante, en tercera persona, asegurase imparcialmente la plena manifestación del juego de fuerzas en conflicto? Y es cierto que, para el analista advertido, la regla es un analizador del conjunto del funcionamiento psíquico del paciente. Desde esta perspectiva, es la interpretación del psicoanalista la que constituye, retroactivamente, por la elección operada en el “material” de la sesión, el objeto de investigación.

Vemos que el compartir las tareas hace al paciente el productor, y al analista el investigador. El paciente continúa haciendo funcionar en él un clivaje sujeto-objeto (de investigación) ya que en última instancia, la interpretación deberá dirigirse a una parte de su Yo que permanezca como observadora.

4) La debilidad o imperfección de estas respuestas pone de manifiesto que la regla introduce una ruptura con el principio de objetivación del procedimiento. La distinción de un objeto de investigación inmovilizado y de su investigación por parte de un sujeto del conocimiento se borra ante la lógica intra e intersubjetiva de una investigación que transforma lo que encuentra y es transformada por este encuentro. El proceso implica la experiencia indefinida de una descentración del sujeto. La regla supone que la actividad asociativa, a través de la heterogeneidad de los significantes utilizados (A. Green) y la diversidad de las modalidades enunciativas, no es más solamente un medio: habitada por la separación del sujeto consigo mismo, es la ocasión de una percepción tangible y perturbadora de *la otra escena*; la expe-

riencia de esta derivación hace que en un sentido: “el fin, es el camino”. Como en la fábula “El labrador y sus hijos”, la exploración asociativa puede venir a sustituir su provecho perlaborativo por el descubrimiento del tesoro escondido, finalidad *predeterminada* del procedimiento inicial.

III) LA TRANSFERENCIA

La primacía conferida al acontecer *hic et nunc* implicaba ineluctablemente que la transferencia deviniese el objeto de investigación producido *en* la sesión. Pero contenía también la idea que producido *por* la sesión, exige para su interpretación una concepción renovada de la situación analítica.

A- En un corto lapso, Freud afirma sucesivamente que la cuestión de la transferencia no se aborda sino cuando ésta mudó en resistencia (*La dinámica de la transferencia*), ya que resulta entonces necesario dar un sentido transferencial a todos los síntomas producidos durante la sesión (*Recuerdo, repetición y elaboración*).

De resistencia a interpretar, la transferencia deviene así medio de una función interpretativa que pasa “metódicamente” por ella. Pero se puede preguntar si este progreso no se paga con una dimensión sistemática un poco constrictiva.

B- En *La dinámica de la transferencia* también Freud hablando del hecho que la transferencia, el factor generalmente más eficaz del éxito, pueda devenir el agente más poderoso de la resistencia, emplea la expresión “inmenso inconveniente metodológico”. No vuelvo sobre la manera en la que prueba que no se trata más que de una apariencia y muestra cómo el obstáculo se transforma en medio. Pero no es difícil develar los índices del malestar que la transferencia y la exigencia de su interpretación constituyen para la teoría del método tal como él lo había concebido. Destaco dos de esos índices:

a) Después de haber subrayado que la interrupción del flujo de las asociaciones está siempre ligado a un pensamiento de transferencia, y comprobado que “la explicación” dada al paciente levanta frecuentemente el obstáculo, Freud escribe que en caso

de fracaso, “la ausencia de asociaciones se transformó en rechazo a hablar”.

b) Al final del artículo, de manera explícitamente separada, subraya que la forma altamente regresiva que toma la actualización transferencial es debida “a las condiciones en las cuales la situación puso al enfermo”, y como para justificar su necesidad, concluye “Nada puede ser matado *in absentia* o *in effigie*”. Es claro, a través de sus citas, que la resistencia a la transferencia hace surgir la violencia de la interpretación y la cuestión de la contratransferencia: causas y consecuencias de la perturbación que ella introduce en el método.

No es muy difícil mostrar esta perturbación. Para ilustrar la puesta en acto de la transferencia (*Agieren*) Freud cita, por ejemplo, el caso de ese hombre al que el enunciado de la regla torna mudo, por el hecho del desplazamiento sobre el analista de un conflicto con la autoridad paterna. Se comprueba que la regla, *a priori* supuestamente útil para la investigación de un conflicto intrapsíquico, pierde ese status de medio para devenir apuesta inconsciente sobre la escena analítica. No tiene más su valor de referencia tercera.

Pero conservó una pertinencia funcional, ya que el paciente produjo un síntoma transferencial interpretable.

Sin embargo, un problema se plantea respecto a la eventual interpretación, sobre todo en la ausencia de un contexto procesual. ¿No está ella en riesgo de manifestar el saber, el poder del analista-padre, y de ser recibida —a instancias del enunciado de la regla— como proveniente del lugar que ocupa en la transferencia?

Así, no solamente la transferencia descalifica la función tercera de la regla, sino que tiende a soldar al intérprete y al objeto de la transferencia y a hacer de la resistencia al análisis una resistencia al analista. ¿No hay allí un inmenso inconveniente para el método?

La distancia de la objetivación era indispensable para que la transferencia pudiera ser captada como fenómeno sintomático. Una misma lógica quería que su interpretación contuviera el principio de su resolución. Pero la transferencia vuelta contra la transferencia es la sugestión contra la sugestión (Freud), fórmula en la cual la referencia tercera tiende a borrarse en la relación dual, y el sentido frente a la fuerza.

Si la transferencia se presta tan bien al juego de la resistencia,

¿no es también porque su interpretación está demasiado ligada al objetivo de levantar su resistencia y quizás negar el deseo del analista? Con un poco de exceso, Lacan dirá que no hay resistencia más que de parte del analista. Recordamos la metáfora por la cual Freud ilustra la imposibilidad de conceder al paciente un derecho de reserva. La resistencia vendría a alojarse como los delincuentes se refugiarían en las iglesias, frente al anuncio de una *razzia* que respetaría su asilo. La exigencia de dar un sentido transferencial a todo lo que sucede, ¿no contribuiría a hacer que la transferencia deviniese refugio privilegiado de la resistencia, en respuesta a la *razzia* del método?

Quisiera recordar qué cambio en la concepción de la situación analítica es correlativo de una interpretación que pasa por la transferencia.

IV) LA SITUACION ANALITICA

A- La dialéctica de la transferencia y de su interpretación es fuente de un malestar metodológico, por la ambigüedad que introduce en la concepción de la situación analítica. Esto era detectable en una perspectiva que fue corriente en mis años de formación, que quería que la situación fuera tan neutra como el analista y su función-espejo. Debía por ese lado asegurar la *espontaneidad* de la transferencia, ella misma condición de su analizabilidad. Ahora, una ambigüedad notable marcó durante mucho tiempo esta noción de espontaneidad, ya que se le hizo significar que el analista y la situación no tenían nada que ver con el surgimiento de la transferencia (sin contentarse con hacer valer que la reserva de uno y la invariancia del otro lo tornaban más aprehensible). Así, I. McAlpine, en 1950, causa sensación describiendo la transferencia como inducida, retomando lo que Freud escribía en 1912. Sin duda debió jugar, como un efecto de resignificación del duelo de la neurótica, la exigencia, para que la realidad psíquica de la fantasía transferencial sea *objetivable*, que ningún seductor fuera inculminable.

Correlativamente, porque el método quedaba principalmente centrado sobre el levantamiento de la amnesia infantil y la restitución del pasado, la transferencia debía ser considerada en su dimensión de pura repetición: así su interpretación debía

liberar los contenidos de su memoria amnésica (A. Green). En esta perspectiva, la interpretación de la transferencia contenía necesariamente una parte de lo desmentido, de rectificación de su ilusión por la realidad “neutra” de la situación.

B- En tanto la actualización transferencial representa el medio de acción analítica, se requiere y a la vez se permite una concepción más abierta, más compleja pero más ambigua también de la situación analítica. Plantea de una manera diferente la cuestión de la función tercerizante.

1) Por un lado, no es cuestión de describir la transferencia como pura repetición; desplaza, inviste, introyecta, proyecta de manera (más o menos) discriminativa: es trabajo psíquico, simbólico o virtualmente simbolizante. Introduce *diferencia en la repetición*, lo que se le impone todavía más claramente a Freud cuando, por el contrario, encuentra transferencias de una “fidelidad indeseada” evocando una compulsión de repetición más allá del principio de placer.

La espontaneidad de la transferencia es su manera de irrumpir, de aprovechar de las circunstancias, de *crear el acontecimiento*. Estaría tentado de generalizar la metáfora de Freud sobre el amor de transferencia: el fuego prende durante una representación teatral; durante un momento, no se sabe si forma parte de la representación o si va a incendiar el teatro. Desde el momento en el que se renuncia a llamar al bombero de servicio, el problema es hacer de manera que la representación continúe *modificándose para integrar, por resignificación, su acontecer*. La ambigüedad preciosa de la transferencia pone en tensión, más o menos intensamente, la continuidad de la intriga y la discontinuidad del acontecimiento. Para Freud, la situación analítica era intermedia entre la ficción y la realidad; habría que agregar entre el aquí-ahora y el allá-entonces. Winnicott con el concepto de transicionalidad nos dice por qué es esencial que la transferencia no enfrente el dilema de ser un fuego fatuo o verdadero: está en el espíritu de un juego en el que la ética de la transferencia se confunde a veces con el principio del método.

2) Por otro lado, la situación analítica no es “neutra”, en el sentido de una superficie puramente proyectiva. Es doblemente activa en lo negativo por lo que rechaza, por las coerciones que implica; en lo positivo por lo que contiene de gratificante, de

seductor también. Bajo la necesaria reserva de la oferta manifiesta, se perfila una mezcla latente de frustración y de gratificación: Ferenczi, al proponer sus dos técnicas activas sucesivas, no hizo más que acentuar lo que ya estaba allí.

El analista y la situación son *parte involucrada* en la estructuración del proceso transferencial: el principio de una delimitación permanente de lo observado y de la observación no es sostenible. Además, no tiene ningún sentido pretender describir, de un modo objetivo, una incidencia causal directa de los instrumentos del análisis: un mismo elemento (el diván, el silencio del analista) puede, según los pacientes y los momentos, tomar sentidos diferentes, inclusive opuestos.

C- El proceso es entonces el hecho de un *encuentro* irreducible a determinaciones anteriores: encuentro entre la demanda –el sufrimiento– del paciente y el analista en situación; pero, en última instancia, encuentro *entre dos diferencias: la que vehiculiza la transferencia, y la que distingue la situación analítica de toda otra situación de la vida.*

La dinámica de la transferencia se desprende del potencial del encuentro: se nutre de lo que la situación ofrece a las investiduras transferenciales, considerablemente más allá de la persona del analista: la investigación por parte del paciente de su mundo interno no es separable de la utilización –en gran medida silenciosa– que hace de los recursos del *sitio*. Se puede también hablar de un *analítico de situación* (como se dice un cómico de situación) ligado a la movilización de una *compulsión de representación* (J.C. Rolland) que el enunciado de la regla no hace más que sostener, acompañar.

Esta compulsión se ejerce a todos los niveles de la representación psíquica, desde la que se juega más cerca de la delegación psíquica de las mociones del Ello, o de la función alfa (Bion) hasta la que procede de los sistemas (Yo-Superyó) ligados al lenguaje. Es notable que, a partir de la ciencia de los sueños, Freud haya descrito un equilibrio antagónico, en la sesión, entre la tendencia regresiva narcisista del pensamiento figurativo, atraído por el cumplimiento alucinatorio y la tendencia anti-regresiva de la palabra objetalizante; no separaba en consecuencia la “psiquización” de la pulsión y la socialización de la psiquis, rechazando por adelantado el falso dilema pulsión-objeto.

Por otro lado, la puesta en acto de la transferencia viene a marcar a la palabra con el sello del actuar histerizante. Su interés mayor es lograr traspasar a la palabra una parte de la carga alucinatoria de la fantasía inconsciente (cf. *addenda*). Es esta apuesta la que confiere a la situación analítica y a la interpretación su apuesta económico-dinámica específica.

Una puesta en representación tan cargada en potenciales de afectos supone la utilización de cada uno de los medios propuestos por la situación: la regresión figurativa, que hace de la sesión un equivalente del sistema dormir-sueño, utiliza el encuadre, el diván, el entorno, aunque sea por su negativización perceptiva. La palabra implica el dirigirse al otro invisible, y por este dirigirse, le plantea una demanda (Lacan), lo que quiere decir transferencia. Pero la enunciación invadida por el actuar y el afecto implica una transferencia *sobre la palabra*, una transformación temporaria del aparato psíquico en aparato de lenguaje (A. Green).

El analítico de situación realiza la configuración singular, variable de estas diversas transferencias, y la cuestión de saber si y cómo la transferencia sobre el analista se desprende de la transferencia sobre la situación analítica es crucial para el método y la función tercera.

D- Si insisto, en efecto, sobre el analítico de situación, es porque su auto-apropiación por parte del paciente es relativamente independiente del analista, y le permite devenir, de una manera suficientemente autónoma, un *analizando*.

Se sabe a qué punto las tentativas para enseñarle al paciente su oficio de analizando, para explicitar instrucciones de empleo, son más o menos vanas. Para rendir cuentas de una apropiación que constituya una re-invencción, hace falta evocar lo *paradojal del encontrado-creado* winnicottiano que corresponde, en el fondo, a lo que la espontaneidad de la transferencia tiene de creativo.

El rol del analista en esta apropiación sería, antes que nada, el de no impedirla: pero nada está asegurado; si su silencio de escucha encuentra allí una de sus funciones más constantes, hace falta notar que uno de los efectos del “incremento” de intervenciones interpretativas es confirmar al paciente que utiliza con buen discernimiento –aunque fuese negativamente– la situación.

No hago más que señalar aquí la amplitud del problema metodológico planteado por la integración de la función interpretativa entre los recursos del sitio: esto, muy particularmente para lo concerniente a la interpretación de transferencia enunciada por el analista.

La amplitud del problema toma su medida en lo que, más allá de diferencias comprensibles, separa dos modelos extremos:

- en uno –muy extendido en Francia – una verdadera renuncia a interpretar condujo a hacer del silencio de la escucha del analista lo esencial de su función;
- en el otro, una actividad interpretativa sistemática e intensa testimonia una especie de *obligación* de interpretar, obligación de la cual el correlato es que el analista debe encontrar en sus referencias teóricas, el medio para sostenerla.

Haciendo valer la autonomía conferida al paciente por la auto-apropiación del analítico de situación, no acuerdo ciertamente con justificar el silencio fetichizado del analista; al contrario, la autonomía puede permitir a este recurso esencial que es la interpretación, despejarse de una obligación a través de la cual la asociación libre no consentiría en perder el dominio del sentido más que para retomarlo con seguridad en diferido.

De hecho, la interpretación, en caso de ser mutativa –sea que emane del analizado o del analista– viene *cuando quiere*: es relevo de la resignificación, y su hallazgo es aleatorio, imprevisible. Aun si se inserta en la continuidad procesual actúa por la discontinuidad de su emergencia, su dimensión metaforizante. Su efecto de incremento es entonces encontrar, *producir* la disyunción entre el intérprete y el objeto de transferencia. Este efecto tercerificante es precarizado, anulado cuando la transferencia no introduce diferencia simbolizante en lo que repite. Una de las cuestionas fundamentales del método es saber si la interpretación puede hacer que la transferencia sea analizable, o si la situación debe basar su estimación sobre efectos pre-simbólicos.

Para que la interpretación no tome el valor adictivo de un suministro de sentidos, es necesario, lo hemos visto, que el paciente haya podido investir el par actividad-pasividad propio de la actividad asociativa, aun cuando es puesta al servicio de un trabajo de rememoración, de historización, de auto-interpretación. El analizando no es el que intenta aplicar la regla: la

reinventa dando sentido al juego que ésta propone, del cual la apuesta desconocida es a ser descubierto. Quizás presintió rápidamente que el cumplimiento de la regla es un resultado del proceso, y que sus implicaciones más profundas se confunden con los principios del funcionamiento psíquico que son la base de la teoría del método.

V) LA SITUACION ANALIZANTE

En su uso corriente, el término de situación analítica conjuga, con justicia, la acción analítica y el espacio-tiempo en el que se desarrolla.

Me parece útil, sin embargo, distinguir el sitio analítico y la situación analizante:

- el sitio analítico contiene el conjunto de lo que constituye la oferta de un análisis. Incluye al analista en función;
- la situación analítica resulta, aleatoriamente, del encuentro suficientemente adecuado del paciente y del sitio. Implica la utilización subjetivada, en encontrado-creado, de los recursos del sitio y de su configuración singular para el analizando.

¿Por qué situación analizante?

1) Para marcar la profundidad de las apuestas metapsicológicas contenidas en la apropiación del sitio y las auto-representaciones que ésta implica: por ejemplo, el silencio del analista sostiene la experiencia crucial de la soledad en presencia del objeto. Pero esta experiencia no es necesariamente explicitada, ni interpretada. Como el *iceberg*, el proceso no muestra en superficie más que una pequeña parte de su espesor, y de su complejidad. La tendencia del discurso sobre el método es ignorar la perlaboración silenciosa de lo intrapsíquico. La noción de situación analizante querría sobrepasar integrándola, la dialéctica neurosis de transferencia-alianza de trabajo en la cual esta alianza específica aparece como demasiado secundarizada.

2) Para marcar la unidad funcional específica constituida por el conjunto analizando-analista-situación: unidad de ligadura entre los procesos intrapsíquicos del paciente y su exteriorización sobre la escena de la transferencia; pero también entre los

procesos psíquicos de los dos protagonistas, al punto de realizar a través del juego de la transferencia y la contratransferencia, una actividad de co-pensamiento, un campo (Baranger), una fusión parcial por la puesta en juego de procesos identificatorios primitivos, un área de juego compartido.

El encuadre permite contener la complejidad de estos procesos imbricados, pero la interiorización bilateral de lo que representa simbólicamente es lo que le permite asegurar, contra su materialidad, lo vicariante de la función tercera en lo más fuerte de las crisis transfero-contratransferenciales, de las situaciones límites que suscitan (R. Roussillon).

La situación analizante, por el juego auto-regulado de estos intercambios, se presenta como una estructura integrando el par analizando-analista en su capacidad auto-organizativa, y la dinámica procesual de estas desorganizaciones-reorganizaciones.

3) Para marcar en fin que esta estructura es portadora de una dinámica auto-investigadora, proveniente del potencial del encuentro. La situación analizante contiene su propia trayectoria procesual, está habitada por la inmanencia de un análisis con fin, ese fin no se definiría, en fin de cuentas, más que por *el agotamiento de los recursos del sitio* tal como se ha actualizado, en un momento dado de su historia entre tal paciente y tal analista. Esta temporalidad incluida en la dinámica misma de la ilusión-desilusión de la transferencia –que falta tanto en el análisis interminable– asegura *la presencia latente de una función tercerizante* que la interpretación actualiza.

Da su sentido a la fórmula paradójal de un paciente en el corazón de su proceso transferencial: “vengo a mi sesión para preguntarme por qué vengo”. Es a ella que el proceso debe el poder ser “la exploración por la palabra de la experiencia de la transferencia” (J.C. Rolland).

ADDENDA

A la memoria de S. Viderman

He aquí, para ilustrar este juego de la regla, una escena de mi propio análisis, en su comienzo, hace cuarenta años; su recuerdo conservó la intensidad de un recuerdo encubridor:

1) Se trata de una sesión que termina a las ocho de la noche.

Presintiendo o anticipando su término, me callé. En el silencio, ocho campanadas se dejan oír del campanario de una iglesia vecina. La señal que espero no llega y en su lugar la angustia aumenta; exclamo: “Pero yo no quiero que usted me dé más que mi tiempo”. Estoy a la vez sorprendido y apaciguado por lo que acabo de decir. Mi analista termina la sesión.

2) Querría subrayar lo que queda como más notable en mi recuerdo:

a) el *contraste*, primero, entre mi convicción de haber hecho de la situación un uso a la vez nuevo, improvisado y conforme a sus virtualidades; y la dimensión totalmente enigmática para mí de la escena. Este contraste hace valer que el sentimiento de ser un analizando no está necesariamente ligado a una puesta en sentido interpretativo;

b) mi convicción se apuntala, en caliente, sobre la actualización del conjunto de los elementos del sitio: el encuadre (el término fijado de la sesión); el dispositivo (la escena es impensable sin el diván, y la inminencia de la situación de pie); el analista (guardián bajo sospecha del encuadre y objeto de la transferencia); la regla, finalmente (retornaré sobre ella).

Esta conjunción inopinada me hace experimentar el sentimiento de que soy el autor de toda la escena, de haber creado lo que “estaba ya allí”;

c) ella se apuntala también sobre la huella mnésica de la transformación sobrevenida y provocada por mi enunciado: al comienzo, me dirijo a mi analista, en la acción; al final, siento que lo que he dicho viene de lejos y me toca de cerca, pero me resulta enigmático, sin displacer; puedo acordarme hasta qué punto la experiencia de este proceso necesitaba apuntalarse sobre el silencio de mi analista.

3) Comentario “a posteriori”:

a) más tarde, en mi análisis, a través de la interpretación y la perlaboración, descubrí las diversas facetas de la fantasía de seducción de/por el adulto que había venido a actualizarse sobre la escena de la transferencia, y decirse con transparencia cubierta por la denegación. Fue más difícil integrar la resonancia traumática de los ocho golpes de campana, evocando la inexorabilidad del tiempo, de la separación, de la muerte.

Me pareció entonces que en la escena, mi enunciación había hecho de mí, en identificación con la voz del Super-Yo Ideal, el

que decidía sobre una terminación para no tener que sufrirla.

Mi sentimiento agradable de haber sido un analizando, ¿no traducía sobre todo la satisfacción de haber tomado el lugar de guardián del encuadre? ¿Defensa maníaca o encontrado-creado?

En todo caso, la autonomía del analizando no puede ser situada –no más que la alianza de trabajo– fuera del campo de la transferencia y de su interpretación; ella puede, en la ocasión, ser interpretada como una defensa contra la experiencia vivida de la dependencia; pero ¿a quién se dirigiría esta interpretación, si esta dependencia de transferencia no fuera metaforizada por la transferencia misma?

b) sobre la escena misma: ¿no he dicho escrupulosamente a mi analista: “siento angustia frente a la idea que...”, y todavía menos: “acabo de tener la fantasía que...”? Mi enunciación posee el status de una puesta en acto; ¿en qué esta puesta en acto utiliza más plenamente la situación analítica que las dos otras que habrían sin embargo traducido una toma de conciencia?

Para comenzar, ella confunde proyectivamente al analista con el otro –el o la que me querría cuidar–, antes de encontrar al que yo no habría de decir hasta aquí que he “siempre sabido” que iba a levantar la sesión y que, identificándose conmigo, me dejaría el tiempo de decir: nada puede reemplazar al hecho que “el retorno sobre sí mismo se haga a través del pasaje a través del otro” (A. Green).

Es también la complejidad de lo que se juega en *la separación* entre la producción de acontecimientos psíquicos (el afecto del silencio, la audición del reloj, la subida de la angustia) y la palabra:

- en un primer tiempo, la angustia es enigmática y la enunciación yoica (sé lo que no quiero);
- en un segundo tiempo, la enunciación que ha hecho desaparecer la angustia (represión) devino enigmática para mí, y de este modo es ofrecida al psicoanalista por el analizando. Tomó el valor de un *significante*. Es el conjunto de este expulsado-atravesado, que tiene una dimensión subjetivante irremplazable.

La apuesta subyacente es la de una modalidad privilegiada de franquear la barrera de la represión: desde el punto de vista de la interpretación, el atravesamiento se cumplió por la ligadura asociativa entre la angustia y la representación denegada de una

demanda de amor. Pero en relación a una simple toma de conciencia, el *Agieren* es portador de una introyección pulsional: en efecto, transfiere sobre el acto de la palabra la potencia alucinatoria inherente a la fantasía de deseo inconsciente. *La histerización de la palabra realiza un ersatz de satisfacción alucinatoria.*

La actualización transferencial subtiende la posibilidad de concebir la interpretación como acompañando o provocando una *onda de simbolización*, portadora de una conjunción óptima de la fuerza y del sentido.

Traducido por Mónica Serebriany.

Jean-Luc Donnet
40 rue Henri Barbusse
75005 Paris
Francia